

Fran Lebowitz

UN DÍA CUALQUIERA
EN NUEVA YORK



Los libros míticos de Fran Lebowitz, la prosista más divertida y cáustica de las últimas décadas.

«Hilarante ... A una dosis de Huck Finn agréguesele un poco de Lenny Bruce, Oscar Wilde y Alexis de Tocqueville, una pizca de taxista, juegos de palabras variados y un picadillo de jerga, y remátese con un toque de sabelotodo.»The New York Times.

«Una prosa elegante y hábilmente afilada.» The Washington Post.

«Ese cóctel de ironía, angostura, crueldad y naranja amarga.» Pau Arenós, El Periódico.

Es una provocadora nata, capaz de bajarles los humos a la mayoría de sus conciudadanos y de reírse de cualquier situación: la búsqueda de apartamento, las facturas de teléfono impagadas, un viaje, las firmas de libros, el dormir (o no dormir) a horas indecentes, las ansias de triunfar, tomar unas copas con celebridades, los buenos restaurantes o la (adulta) educación de los hijos. Por si todavía no lo han adivinado, hablamos de Fran Lebowitz. Hablamos de Nueva York. Célebre al hilo de la serie Pretend It's a City, de Martin Scorsese, Fran Lebowitz ha sido una gran desconocida que, por fin, y con toda justicia, ha obtenido el éxito que merecía. Su prosa, ahora reunida, es un compendio del humor más refrescante y mordaz que se haya leído en décadas.

Para Lisa Robinson

Prefacio

La primera obra de este volumen la escribí cuando tenía poco más de veinte años; la última, cuando apenas había rebasado la treintena. Ahora me encuentro en lo que solo el más parcial e idealista de los observadores describiría como comienzos de la cuarentena. Por lo tanto, no me extrañaría que alguien *me lanzase* la pregunta de si estos textos son (efectivamente) relevantes. Permítaseme, pues, que *se la devuelva* un poco.

Aunque ciertamente los anillos del humor, la radioafición, las discotecas, la decoración *high-tech* y el sexo seguro con desconocidos no son novedosos o ya no existen, no puede negarse que muchas de estas cosas (aunque no, por desgracia, la última) sí han resurgido con bastante frecuencia, y que, en esta época particularmente aburrida y retroactiva, pedirle a un escritor que sea atemporal, cuando ya ni siquiera se le pide que sea puntual, no solo es muy injusto, sino también indecoroso.

Si lo que actualmente llamamos arte puede llamarse arte, y si lo que actualmente llamamos historia puede llamarse historia (y, por supuesto, si lo que llamamos actual puede llamarse actual), entonces insto al lector contemporáneo —esa solitaria figura— a acoger estos escritos con el mismo espíritu con el que fueron inicialmente concebidos y con el que de nuevo se ofrecen: como estudios de historia del arte. Pero con una diferencia: una historia del arte moderna, pertinente, de nuestro tiempo, muy reciente. Historia del arte en plena gestación.

Fran Lebowitz
Septiembre de 1994

Vida metropolitana

Un día cualquiera: introducción a varios temas

12:35. Suena el teléfono. No tiene gracia. Esta no es mi manera preferida de despertarme. Mi manera preferida de despertarme es que cierta estrella de cine francesa me susurre suavemente al oído a las dos y media de la tarde que, si quiero llegar a Suecia a tiempo para recoger mi Premio Nobel de Literatura, tengo que pedir ya el desayuno. Cosa que ocurre con bastante menos frecuencia de lo que una querría.

Lo de hoy es un ejemplo perfecto, ya que quien me llama es un agente de Los Ángeles que me informa de que no nos conocemos. Así es, y no sin razón. Está audiblemente bronceado. Se interesa por mi obra. Y su interés le ha llevado a pensar que sería una buena idea encargarme una comedia para el cine. Tendría, por supuesto, total libertad artística, pues es evidente que los escritores cómicos se han hecho con el negocio cinematográfico. Miro a mi alrededor (una proeza para la que me basta con mirar hacia arriba) y me doy cuenta de que Dino de Laurentiis se sentiría ciertamente sorprendido de oír algo semejante. Se ríe con desenvoltura y sugiere que hablemos. Yo le sugiero a él que *ya estamos* hablando. Él, sin embargo, quiere decir *allí* y con los gastos a mi cargo. Le replico que la única forma de ir a Los Ángeles pagándomelo yo sería por correo.

Suelta de nuevo una risita y sugiere que hablemos. Me muestro de acuerdo en hablar con él cuando haya ganado el Premio Nobel, por mis sobresalientes avances en el campo de la física.

12:55. Intento volver a dormirme. Y aunque el sueño es una de las actividades en las que he manifestado una perseverancia y un tesón homéricos, no consigo mi objetivo.

13:20. Bajo a recoger el correo. Vuelvo a la cama. Nueve envíos de revistas, cuatro invitaciones de cine, dos recibos, la invitación a una fiesta en honor de un famoso heroinómano, un aviso de corte de teléfono de la New York Telephone y tres cartas recriminatorias de lectoras de *Mademoiselle* que quieren saber cómo me atrevo a tratar a las plantas domésticas –seres verdes y vivos– con tan descarada falta de respeto. Llamo a la compañía telefónica e intento hacer un trato, ya que no puedo pagar en efectivo. ¿Les gustaría ir a un pase privado? ¿Les importaría asistir a una fiesta en honor de un heroinómano? ¿Les interesa saber por qué se me ocurre tratar a las plantas con tan evidente falta de respeto? Parece que no. Lo que quieren son 148 dólares con 10 centavos. Les doy la razón en que, efectivamente, es una preferencia razonable, pero les advierto de lo soso que resulta vivir dedicada a la ciega búsqueda del dinero. Somos incapaces de llegar a un acuerdo. Me tapo con las sábanas y suena el teléfono. Me paso las siguientes horas defendiéndome de los editores, charlando amigablemente y tramando venganzas. Leo. Fumo. Y, por desgracia, mi vista tropieza con el reloj.

15:40. Considero la idea de levantarme de la cama. La rechazo por excesivamente tajante. Leo y fumo un rato más.

16:15. Me levanto sintiéndome curiosamente abotargada. Abro la nevera. No me decido ni por el medio limón ni por el tarro de mostaza Gulden's, y sobre la marcha elijo ir a desayunar fuera. Creo que este es precisamente el tipo de chica que soy: caprichosa.

17:10. Vuelvo a casa cargada de revistas y me paso el resto de la tarde leyendo artículos de escritores que, lamentablemente, han llegado al límite de sus fuerzas.

18:55. Intermedio romántico. El objeto de mis afectos llega con una planta de regalo.

21:30. Salgo a cenar con un grupo de gente entre la que se encuentran dos modelos, un fotógrafo de moda, el representante de un fotógrafo de moda y un director artístico. Me paso casi todo el rato con el director artístico – atraída hacia él en gran medida porque es quien conoce más palabras.

2:05. Vuelvo a mi apartamento y me dispongo a trabajar. Por consideración al fresco que hace me pongo dos jerséis y otro par de calcetines. Me sirvo un vaso de soda y acerco la lámpara al escritorio. Releo varios números de *Rona Barrett's Hollywood* y una hermosa muestra de *Las cartas de Oscar Wilde*. Cojo la pluma y me quedo mirando el papel. Enciendo un cigarrillo. Miro de nuevo al papel. Y escribo: «Un día cualquiera en Nueva York: introducción a varios temas». Bien. No suena del todo mal. Paso revista a lo que ha sido el día y me siento indescriptiblemente deprimida. Garabateo en los márgenes. Rechazo una idea que se me ocurre para la puesta en escena, con actores negros, de la obra de Shakespeare *Como gustéis*. Echo una anhelante mirada al sofá, consciente de que puede convertirse fácilmente en cama. Enciendo otro cigarrillo. Me quedo mirando al papel.

4:50. El sofá gana. Otra victoria del mobiliario.

Modales

Modales

No soy una persona insensible. Creo que todo el mundo debería tener ropa de abrigo suficiente, alimentación adecuada y un techo digno. Creo no obstante que, si la gente no se comporta de una manera aceptable, debería quedarse en casa bien arropadita y bien comida.

Aquí no hablo solo de etiqueta, ya que, aunque esta es sin lugar a dudas un factor importante, la conducta aceptable supone bastantes más cosas. Exige, por ejemplo, que la gente se abstenga de iniciar tendencias, vencer inhibiciones o desarrollar talentos ocultos. Requiere, además, aceptar el hecho de que el bien común en realidad no cuesta mucho, y que existe realmente eso de entusiasmarse por la democracia. La opresión y/o la represión no dejan de tener sus encantos, como tampoco la libertad y/o el libertinaje dejan de tener sus inconvenientes. Esto puede verse claramente reflejado en el siguiente esquema:

SUBPRODUCTOS DE LA OPRESIÓN Y/O LA REPRESIÓN	SUBPRODUCTOS DE LA LIBERTAD Y/O EL LIBERTINAJE
MUJERES	
1. Las uñas bien cuidadas	1. La palabra «presidente»
2. Los pasteles caseros	2. La aceptación de las botas de albañil como atuendo adecuado para el sexo bello
3. La garantía de que al menos un sector de la población no fallará a la hora de manifestar un claro rechazo por la actividad física agotadora	3. Las mujeres ministro
4. La clara probabilidad de encontrar hasta en los grupos más reducidos al menos una persona que sepa cómo responder adecuadamente a una propuesta de matrimonio	4. El póster central masculino
5. El café-café	5. Erica Jong

JUDÍOS	
1. Los buenos cómicos	1. Los parvularios progres
2. La comida del Stage Delicatessen	2. Los <i>bagels</i> congelados
3. La garantía de que al menos un sector de la población no fallará a la hora de manifestar un claro rechazo por las actividades físicas agotadoras	3. El Upper West Side de Manhattan

SUBPRODUCTOS DE LA OPRESIÓN Y/O LA REPRESIÓN	SUBPRODUCTOS DE LA LIBERTAD Y/O EL LIBERTINAJE
4. El desarrollo y el perfeccionamiento de las reglas teatrales como una profesión lucrativa	4. La idea de que es apropiado que un autor entregue a su agente literario una parte de sus ingresos
5. Una serie de interesantes expresiones de argot, especialmente las empleadas para describir a los gentiles	5. Erica Jong

NEGROS

- | | |
|--|---|
| 1. El jazz | 1. El vino de fresas |
| 2. Convertir el sur de los EE. UU. en un tópico de conversación | 2. Los contables negros |
| 3. El claqué | 3. Formas originales de dar la mano |
| 4. Cultivar en nuestra cultura un vivo interés por la venganza | 4. La no discriminación en el empleo |
| 5. Amos 'n' Andy | 5. Sammy Davis Jr. |
| 6. Interesantes expresiones de argot, especialmente las empleadas para describir a los blancos | 6. El Ejército Simbiótico de Liberación |

ADOLESCENTES

- | | |
|-------------------------------------|---------------------|
| 1. La emoción de beber a escondidas | 1. El vino de fresa |
|-------------------------------------|---------------------|

SUBPRODUCTOS DE LA OPRESIÓN
Y/O LA REPRESIÓN

SUBPRODUCTOS DE LA LIBERTAD
Y/O EL LIBERTINAJE

- | | |
|--|--|
| 2. La represión sexual y el consiguiente desarrollo de excitantes fantasías sexuales | 2. La facilidad de las relaciones sexuales y el consiguiente aburrimiento prematuro |
| 3. Fanfarronear de la delincuencia juvenil | 3. El compromiso social |
| 4. El encanto de la alienación | 4. El acceso al voto por parte de gente que bien puede estar descubriendo justo ahora la poesía simbolista |

HOMOSEXUALES

- | | |
|---|---|
| 1. Técnica de danza teatral impoluta | 1. <i>A Chorus Line</i> |
| 2. El sarcasmo | 2. El nitrato de amilo |
| 3. El arte | 3. La ropa interior de cuero |
| 4. La literatura | 4. Las madres lesbianas |
| 5. El chismorreo en serio | 5. Los peluqueros heterosexuales |
| 6. La curiosa idea de que <i>¿Quién teme a Virginia Woolf?</i> trata en realidad de dos hombres | 6. La curiosa idea de que <i>¿Quién teme a Virginia Woolf?</i> trata en realidad de un hombre y una mujer |

Para poder alcanzar la meta de una conducta aceptable hay que dar dos pasos fundamentales. El primero (que supongo que todo el mundo ha dado ya) es la lectura atenta del esquema que acabo de brindarle. El segundo es deshacerse de una serie de habituales y dañinos errores, como los que siguen:

No es cierto que cualquier trabajo sea digno de por sí. Hay, sin lugar a dudas, trabajos que son mejores que otros. No resulta difícil diferenciar los trabajos buenos de los malos. La gente que tiene buenos trabajos es feliz, rica, y va bien vestida. La gente que tiene malos trabajos es desgraciada, pobre y utiliza aditivos cárnicos. Quienes busquen la dignidad en un trabajo que los obligue a inflar las hamburguesas seguro que se sienten muy decepcionados, y sienten que no se están portando bien.

La paz interior no existe. Solo hay nerviosismo o muerte. Y cualquier otro intento de demostrar lo contrario constituye una conducta inaceptable.

Son muy pocas las personas que tienen una auténtica capacidad artística. Resulta, por tanto, impropio e impro-

ductivo complicar la situación redoblando el esfuerzo. Si usted siente una urgente y devoradora necesidad de escribir o pintar, límitese a comer algo dulce y verá como ese sentimiento se le pasa. La historia de su vida no sirve para hacer un buen libro. Ni lo intente siquiera.

No todos los hijos de Dios son guapos. La mayoría de los hijos de Dios, en realidad, son muy poco agradados. El error más común que suele cometerse en cuanto al aspecto físico es creer que hay que desdeñar lo superficial para llegar al verdadero brillo del alma. Si existen partes de su cuerpo en las que esto es posible, no es que sea usted una persona atractiva, es que está haciendo aguas.